

Los afroyungueños y su patrimonio cultural invisible

Sara Ruth Talledo Hernández

Universidad de Alcalá

Desde una perspectiva global, cuando se habla de los afrodescendientes latinoamericanos, es de orden común pensar que se está haciendo referencia a la población morena, mulata o negra que habita en las costas o ciudades tropicales del Caribe y de Centroamérica o Sudamérica, y se piensa también que son francófonos, hispanoparlantes o lusófonos. Este imaginario colectivo podría derivar del poco interés prestado al pueblo afrodescendiente de América Latina y su cultura por parte de la clase política, académicos, medios de comunicación, etc. En efecto, tanto las instituciones estatales y educativas como los libros de historia, así como el cine o la televisión, no abordan el tema. El desconocimiento sobre esta comunidad es tal que, cuando un peruano, un ecuatoriano, un argentino, un mexicano, un uruguayo o un boliviano de descendencia africana afirma haber nacido en una de esas naciones, causa duda y sorpresa no solamente fuera del continente, sino en la misma región, incluso en el mismo país del sujeto en cuestión.

A decir de algunos estudiosos, hasta hace 20 años, los siglos de marginación de este importante componente cultural y social han sido la causa de que los afrodescendientes de la región no hayan sido mínimamente considerados en las estadísticas de muchos países. Se ignoró, por cientos de años, su real situación social y económica. Según el Banco Mundial (2018), datos censales recientemente elaborados por 16 países revelarían que, en 2015, en Latinoamérica, había aproximadamente 133 millones de habitantes afrodescendientes; es de-

cir, un cuarto de la población total. Brasil es la nación que abarca la mayor cantidad de descendientes africanos con un número elevado a 105 millones. La misma fuente sostiene que, de los 133 millones, el 80% vivía en pobreza o extrema pobreza debido a la prácticamente inexistente política inclusiva por parte de los gobiernos, lo que implica que tengan una movilidad social inferior respecto de otros grupos étnicos a causa, fundamentalmente, del bajo nivel educativo que los vuelve poco competitivos en el mercado laboral. Sobre su distribución geográfica, un alto porcentaje de afrodescendientes vive en el ámbito urbano y suelen estar relegado a las favelas o barrios populares. La investigación del Banco Mundial sostiene que, “en la mayoría de los países, un pequeño número de regiones está fuertemente asociado a la cultura afro, incluso si la mayoría de los afrodescendientes no vive necesariamente en ellas. Estas son, invariablemente, áreas con niveles bajos de desarrollo. Típicamente, son regiones con interconexiones precarias con el resto del país y los mercados y, en general, con un menor acceso a los servicios públicos” (2018: 18).

Uno de los países, cuya población afrodescendiente vive prácticamente aislada –bajo todos los aspectos– a pesar de su particularidad cultural inusitada, es Bolivia. La razón de la presencia afro en este país es, principalmente, la explotación minera en la época de la Colonia en el territorio que, en algún momento, fue el Alto Perú. Por un discurso de desconocimiento “inducido”, para sorpresa de muchos, en el país andi-

no existe una ecorregión denominada Los yungas, la cual alberga comunidades afrodescendientes, cuya antigüedad se remonta a la época colonial y que, además de bailar la saya, hablar el idioma aymara y el particular dialecto afroyungueño, tiene un rey.

Bajo esta premisa, con la intención de ampliar los conocimientos respecto de los afrobolivianos y de compartir supreciado e inmaterial legado, este trabajo analizará la sincrética cultura yungueña afrodescendiente como producto del encuentro de tres mundos: el africano, el andino y el europeo. Para esto, plantaremos el discurso focalizándonos en los aspectos históricos, sociales, lingüísticos y artísticos.

De África a las yungas

Como es sabido, la migración forzosa de africanos hacia América se inició en los primeros años del siglo XVI. Fueron los portugueses que, para abastecer los mercados del “nuevo” continente, empezaron con el comercio atlántico de esclavos paralelamente a la trata que ya efectuaban en Europa y África. De este modo, la ampliación de su nefasta actividad comercial a tierras lejanas les produjo un cambio radical en cuanto a ingresos se refiere, ya que, a partir de 1500, pasaron de traficar con un intervalo de 500 a 1000 esclavos por año a más de 2000 por año. Según Klein y Vinson (2013), la primera mercancía humana obligada a atravesar el océano Atlántico fue embarcada en Europa y estaba compuesta por negros que vivían en la península ibérica, los cuales ya habían sido aculturados y cristianizados. Los millones de africanos provenientes de la región subsahariana y arribados a América eran bozales, “negros sin cristianizar, que no hablaban ninguna lengua romance” (2013: 18), embarcados directamente en la isla de Santo Tomé, situada en el Golfo de Guinea.

Sin embargo, no fue solo gracias a la apertura de este nuevo puente comercial por parte de los portugueses que más de 12 millones de africanos llegaron al “nuevo”

continente, también influyó la falta de mano de obra europea e indígena, principalmente en Perú y México, dos importantes Estados organizados preexistentemente (incaica y azteca). En efecto, el aumento de la riqueza de España, debido a la expansión de su imperio, hizo que sus habitantes optaran por un trabajo bien asalariado tanto en el ámbito agrícola como en las fuerzas armadas. Por ello, desistieron de migrar hacia lo desconocido.

Por otro lado, los indígenas del sur de América no abastecían las necesidades de mano de obra requerida por los conquistadores para la explotación de los recursos naturales, sobre todo los más codiciados: los metales preciosos. El motivo de esta extraordinaria imposibilidad de explotación de tipo esclavista de los nativos se debía a la contradicción que conllevaba someter a ese régimen a los cristianizados; es decir, a cristianos que la misma Corona, por el hecho de ser cristianos, los consideraba libres. Cabe resaltar que, en su libro *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano (2004) sostiene que la esclavitud de los indígenas “no fue prohibida sino fue bendita” (29) porque, antes de invadir un territorio americano, los capitanes de conquista, en presencia de un escribano público, estaban obligados a leer un Requerimiento a los indígenas exhortándolos a convertirse al catolicismo:

Si no lo hicieréis, o en ello dilación maliciosamente pusieréis, certifícoos que con la ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y vos haré guerra por todas las partes y manera que yo pudiere, y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad y tomaré vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé, y dispondré de ellos como Su Majestad mandare, y os tomaré vuestros bienes y os haré todos los males y daños que pudiere (Vidart, 1968, citado en Galeano, 2004: 29).

Por esta razón, se vieron forzados a contratar indígenas y pagarles un sueldo. Es cierto que, de igual modo, su explotación se

efectuó bajo la máscara de la *mita*¹. Con el deceso de una parte de la población andina afectada por las enfermedades importadas de Europa y la expansión de la minería, la situación se revertió. Los sobrevivientes de las plagas virulentas no se daban abasto y los españoles tuvieron que recurrir a mano de obra externa. Los autores Klein & Vinson (2013) afirman lo siguiente al respecto:

Bien provistos de metales preciosos y con una balanza comercial positiva con Europa, los españoles de América podían permitirse el lujo de experimentar con la importación de esclavos africanos para ocupar los puestos dejados vacantes por los trabajadores amerindios. Los africanos suplirían también la falta de blancos pobres en las nuevas ciudades españolas de América. Otra ventaja de los negros era que, sin lazos de parentesco ni de comunidad, estaban dotados de suma movilidad, a diferencia de los indios, a quienes no se podía apartar de modo permanente de su pueblo de origen. [...] Los africanos, procedentes de lenguas y culturas diversas, debían por fuerza adoptar idiomas y pautas europeas (22-23).

En suma, hasta aquí se puede afirmar que, pocos años después de la llegada de Colón y por dos siglos más, el tráfico humano de la población negra y la explotación indígena fueron cruciales para el enriquecimiento de la Corona. Siendo Lima el centro del virreinato del Perú, la venta y distribución de los esclavos africanos se desarrollaban inicialmente desde allí hasta las tierras donde se requería mano de obra, en particular, minera² para la explotación de importantes yacimientos de plata en la sierra, como las situadas en Cuzco, Ayacucho, Huancavelica y Potosí. De estos cuatro lugares, entre los siglos XVI y XVII,

Potosí –que en ese entonces formaba parte del llamado Alto Perú, luego la Audiencia de Charcas y finalmente Bolivia– se constituyó en uno de los principales centros de la economía colonial. El hallazgo y la explotación de los yacimientos de Cerro Rico en 1545 –nombre que se le acuñó por la cantidad de plata que producía– dio lugar a la formación de la Villa Imperial de Potosí, la cual fue fundada oficialmente como ciudad en 1561.

En cuanto a la presencia de esclavos africanos, esta Villa Imperial no fue exenta de la acogida de un gran número de ellos. En Potosí, aparte de ser explotados en las minas, donde perecían al poco tiempo por razones de altitud, clima extremo y por las condiciones infrahumanas a las que eran sometidos, también trabajaban como acuñadores y atabaleros en la Casa de la Moneda, así como domésticos. Al auge minero hizo que Potosí pasase de ser un pequeño poblado de centenares de españoles con sus respectivos trabajadores indígenas a una ciudad con una población de 160 000 en la primera década del siglo XVII, de los cuales se afirma que 6000 eran negros en su mayoría bozales. Poco más de un siglo después, ya sea por la declinación de la explotación argentífera, la epidemia de tifoidea o la migración, la población se redujo a 70 000, con una presencia de afrodescendientes y africanos –entre libres y esclavos– de 3209³; es decir, el 4.5% de la población total.

Este número disminuyó notablemente a principios del siglo XIX con el inicio de las guerras independentistas que originó el corte de la trata atlántica. El censo de 1832 reveló que el número de dicha población era de 1142 en la provincia de Potosí (Crespo, 1977). Su presencia se dio también en La Paz, Sucre

¹ Era una de las estructuras tradicionales del incanato. Consistía en un tipo de trabajo supervisado por el Estado inca al que estaban sujetos, obligatoriamente, los ciudadanos tributarios cuyas edades fluctuaban entre los 15 y 50 años. Posteriormente, se basó en la reciprocidad que los españoles mantuvieron en pie con la excusa de explotar el trabajo del campesinado de forma gratuita.

² Los esclavos que tenían como destino final el Perú llegaban primero al Golfo de México, de allí eran trasladados hacia Panamá donde, una vez cruzado el istmo, eran conducidos al puerto del Callao. Sucesivamente, con la apertura del puerto de Buenos Aires, a principios del siglo XVII, cientos de esclavos fueron llevados a Charcas provenientes de Brasil pasando por el puerto argentino, pero no siempre de forma legal. En efecto, la Audiencia de la Plata consideraba poco rentable el transporte de la “mercancía” desde sus costas hacia los andes, dado el alto número de defunciones por razones climáticas y el bajo precio de venta del producto. De igual modo, el negocio continuó bajo forma de contrabando hecho por portugueses, españoles e ingleses durante los siglos XVII y XVIII (Crespo, 1977).

³ Durante la crisis de la producción de la plata en el Alto Perú (entre 1650 y 1750 aproximadamente), muchos de los españoles, en busca de nuevos ingresos económicos, bajaron a los llanos orientales bolivianos para dedicarse al cultivo de productos vegetales en sus haciendas.

y Cochabamba, donde la mayoría se dedicaba al servicio doméstico. Con respecto a los datos demográficos proporcionados, Crespo aclara que es muy probable que estos carezcan de precisión debido al sistema de recolección de datos de la época.

Entretanto, el aumento de la demanda de hoja de Coca en la región, debido a sus propiedades benéficas para los que trabajaban a más de 4000 metros en las minas, hizo que campesinos aymaras del Alto Perú emigrasen a Los Yungas para cultivar la planta andina y poder abastecer los mercados que Cuzco no podía cubrir. Es así como, de ser una zona de producción limitada, los valles orientales se convirtieron en un centro cocalero importante para el Alto Perú. Según Klein (2016), el proceso de asentamiento de los aymaras “continuó de manera ininterrumpida desde principios del siglo XVII hasta el XIX” (40). Asimismo, afirma que “la colonización de los yungas incluso comprendió algunos esclavos africanos, quienes pronto se adaptaron a la cultura dominante y se volvieron hablantes de aymara para finales del periodo” (40). Por otro lado, Lipsky (2006: 140) revela que, en el último censo que incluyó a los negros –llevado a cabo en 1900–, de una población boliviana que superaba los 1,8 millones, se contabilizaron 3945 afrodescendiente, de los cuales 2056 habitaban en Los Yungas, provincia de La Paz. Por ende, basándonos en esta información, se puede afirmar que la presencia de origen africana en Los Yungas no fue mínima, la cual se evidencia en sus manifestaciones culturales, especialmente a través de la música. Con la decadencia de la explotación minera, muchos europeos dejaron las alturas en busca de otro tipo de ingresos en otras tierras. Muchos de ellos escogieron los valles orientales para construir sus haciendas y dedicarse a la agricultura con ayuda de esclavos provenientes, en su mayoría, de Potosí. Por ello, se dice que solo en Bolivia ha quedado “un pequeño núcleo afroboliviano cuyos orígenes se remontan al primer periodo minero del Alto Perú” (Lipsky, 2006: 40).

Los primeros datos oficiales registrados –actos de defunción, matrimonios, etc.– que testimonian la llegada de nativos africanos a Los Yungas datan de los primeros años del siglo XVIII (Lipsky, 2008). Se establecieron en las tierras de Nor Yungas y Sud Yungas, tal vez atraídos por el carácter tropical del clima. Se dedicaban al cultivo de cítricos, café y coca, actividades que realizan hasta la actualidad. Si bien la esclavitud fue abolida en 1825 con el nacimiento de la República, esta se concretó en 1851. Pese a ello, existió una suerte de explotación de mano de obra gratuita denominada el “pongueaje” y el “mitanaje”⁴, que concluyeron con la Reforma Agraria de 1953, promulgada por el presidente Víctor Paz Estensoro. A partir de esta fecha, no solo fueron realmente libres, además, pudieron trabajar sus propias tierras. De esta manera, fueron económicamente autónomos e independientes en la toma de decisiones.

En su libro *Afro-Bolivian Spanish*, Lipsky (2008) sostiene que el reconocimiento de la cultura afroboliviana es, lamentablemente, escasa en las monografías elaboradas por estudiosos, ya que, cuando se refieren a la historia del país andino, prácticamente omiten la cultura afro. Algunos la mencionan en sus escritos como una “subcultura” de habla aymara, otros la describen como masticadores de coca silenciosos y devotos de un dios desconocido. Incluso, al describir las etnias de Bolivia, solo se enfocan en la europea, la indígena y la mezcla de estas dos (Lipsky, 2008). Para algunos estudiosos como el afroboliviano Juan Angola Maconde, a quien su curiosidad lo ha conducido a investigar con ahínco el pasado de sus ancestros, dio a conocer a su país y al mundo el porqué del existir de su pueblo afrodescendiente en Bolivia y su precioso legado.

El peculiar dialecto afroyungueño

Se dice que la más antigua comunidad afrohispanoamericana se encuentra en Los Yungas, y que allí, según Lipsky (2008) “sobrevive lo que

⁴ El “pongueaje” para el hombre y “mongueaje” para la mujer era un servicio doméstico obligatorio y gratuito realizado por los colonos que vivían y trabajaban en las haciendas a cambio del pago de renta u otros servicios (Gotkowitz, 2007).

puede ser la única variedad intacta del español pos-*bozal* reestructurado” (38). Mientras que para algunos este es un tema anacrónico que recuerda la triste historia de la trata de esclavos y el olvido por parte de las instituciones de un pueblo que, lo quieran aceptar o no, contribuyó vivamente en la construcción de la república boliviana bajo todos los aspectos, para otros es una fuente de riqueza cultural que revela la supervivencia del producto lingüístico surgido como resultado del encuentro de la lengua española (el castellano) con las leguas africanas e indígenas (quechua y aymara) durante la colonia. Como se puede apreciar, esta variedad lingüística no es el resultado del castellano mal hablado o mal aprendido. Es, más bien, una forma auténtica de expresión. Al respecto Angola (2012) arguye:

El habla afroboliviana tradicional es consistente en cuanto a sus desemejanzas respecto al castellano andino y esas diferencias no son errores, sino palabras y formas gramaticales correctas dentro de ese lenguaje. El afroboliviano en que se dice *yo [yegó] o yo tiene*⁵ no lo dice por pronunciar mal un verbo del castellano, sino porque en la lengua afroboliviana así se dice correctamente (15).

En cuanto al dialecto del que se habla, la influencia de las lenguas africanas y andinas varía según la zona de Los Yungas a la cual se hace referencia: Nor Yungas o Sud Yungas. De acuerdo con estudios realizados por Angola (2000, 2003), las principales comunidades que forman parte del Nor Yungas, tales como Mururata, Dorado Chico, Tocaña, Chijchipa y Khla, son las que presentan muy poco mestizaje cultural afro-aymara (Lipsky, 2006). En estas comunidades se habla poco el idioma andino y los matrimonios mixtos son esporádicos. En el espacio intercultural que se ha creado debido a la convivencia de ambas culturas prevalece el respeto mutuo. En otras palabras, y acorde con la expresión popular, “están juntos, pero no revueltos”. Respecto del Sud Yungas,

cuya comunidad principal es Chicaloma, en su mayoría son bilingües gracias al elevado número de matrimonios mixtos que, a su vez, ha facilitado la identificación cultural por parte de los negros con la cultura aymara, manteniendo por supuesto su identidad afrodescendiente. De ellos han aprendido las ancestrales técnicas de cultivo andino, el valor curativo y espiritual de la coca, el atuendo, entre otras.

Se dice que un ejemplo de asimilación lingüística del afroyungueño concerniente al quechua y adoptado posiblemente en tierras mineras es la palabra *chuanchá*, del quechua *chu'wanchay* (enjuagar); otro préstamo lingüístico es la palabra *wawa* (niño/a o bebé), esta vez de origen aymara, cuya grafía ha sido cambiada *gua*; Por ejemplo, “*loh guagua joven*” (Lipsky, 2006: 149). Para Lipsky (2006), *cho* y *jai* son las palabras más comunes del léxico afroyungueño. El estudioso afirma que “*cho* (del vocativo aymara *chuy*) se emplea como saludo, mientras que *jai* [hace las veces de *pues*]; es decir “no agrega ningún contenido semántico específico”. En cuanto a la influencia idiomática africana, este dialecto “se ha formado en contacto directo con el kimbundu y con algunas contribuciones del kikongo” de proveniencia angoleña. De hecho, como afirma el citado estudioso, estas dos lenguas eran las que predominaban entre los peones africanos y la servidumbre de las haciendas bolivianas durante la colonia. Un ejemplo es la ausencia del plural en el segundo elemento: “*recordando esos fiesta*” (149-156). Como se puede apreciar, la influencia lingüística africana es de carácter sintáctico. Es la presencia de estas formas lingüísticas que hace que la gramática afroyungueña difiera del castellano (o español) a pesar de su prevalencia lexical en dicho dialecto.

Los afroyungueños hoy

Etnográficamente hablando, a nivel global, es sabido que Bolivia es un país comúnmen-

⁵ La tendencia al uso de la tercera persona singular como verbo invariable es una de las características que acomunan el dialecto afroyungueño con una lengua nativa de Angola (Lipsky, 2006).

te identificado con la comunidad quechua y aymara. La presencia de afrodescendientes en dicha sociedad es poco conocida incluso entre los mismos bolivianos ajenos a la región Yungas, a cientos de kilómetros de La Paz. No existen datos cuantitativos sobre los habitantes afrodescendientes en la región por falta de información censal oficial. Sin embargo, la ciudad de referencia para encontrarlos mientras hacen sus compras, comercian, van a misa, trabajan o estudian, es Coroico. Su actividad económica es, principalmente, el cultivo de la coca que realizan de dos a tres veces por año. Sin ella, no podrían vivir (Unesco, 2009). Solo las personas adultas hablan aymara y, en cuanto a los trajes, las mujeres visten pollera, usan manta, trenzas y llevan sombrero a forma de hongo exactamente como las mujeres de la comunidad vecina. Los jóvenes refutan hablar el idioma andino y vestirse como sus madres. Prefieren adherirse a la modernidad y hablar el español. Los afrodescendientes yungueños viven en armonía con los aymaras, cocinan a leña, mastican coca y comen charqui. Además, frecuentan la misma iglesia para rezarle al mismo dios, pero también agradecen a la Pachamama por los buenos cultivos. Pertenecen a la comunidad más pequeña y atrasada de Bolivia, debido a siglos de indiferencia institucional. Sin embargo, parece ser que este nuevo milenio ha traído consigo novedades positivas para ellos. Para empezar, el 14 de diciembre de 2011, el presidente Evo Morales Ayma decretó la ley N.º 200, concerniente a sus connacionales afros. Sus tres artículos refieren lo siguiente:

Artículo 1º

Declárase el 23 de septiembre “Día Nacional del Pueblo y la Cultura Afroboliviana”, con la finalidad de reafirmar la identidad y valorar la cultura de quienes en Bolivia son descendientes de africanos.

Durante el “Día Nacional del Pueblo y la Cultura Afroboliviana”, se realizarán jornadas culturales de diversa índole, para dar a conocer la riqueza de la cultura de ancestría africana y sus aportes al desarrollo de la sociedad y la cultura del Estado Plurinacional de Bolivia.

Artículo 2º

El Ministerio de Culturas, en el marco de sus competencias, deberá priorizar y ejecutar las tareas específicas de estudiar, investigar y promocionar la cultura del Pueblo Afroboliviano, así como la recuperación de los saberes ancestrales, hechos históricos y lugares emblemáticos.

Artículo 3º

El Ministerio de Planificación del Desarrollo y el Instituto Nacional de Estadística – INE, desarrollarán las políticas necesarias para incluir la variable de autoidentificación Afroboliviana, en la boleta censal y las encuestas periódicas, para implementar y proteger los derechos del Pueblo Afroboliviano.

Además, en 2013, en Nor Yungas se inauguró el Instituto de Lengua y Cultura Afroboliviano, despojando así del anonimato el dialecto afroyungueño. Como ubicación, fue elegido el poblado de Tocaña, por ser considerada la sede ancestral de los lugareños. A pesar de que los académicos se abstienen de considerarlo un idioma, de igual modo este posee un diccionario de 549 palabras elaborado por Juan Angola después de 17 años de estudio. El objetivo del estudio es el reconocimiento del afroyungueño como lengua, “porque fue una forma ya histórica de comunicarse entre afrobolivianos” (Calle, 2013).

Para desconocimiento de muchos, la comunidad afroboliviana tiene un rey negro. Parece ser el único en vida en América. Su descendencia se remonta a una línea de monarcas que gobernaron en África. Su nombre es Julio Pinedo, y se afirma que su antenado fue llevado a Bolivia como esclavo en 1820 por los españoles. El último rey en haber sido coronado en Bolivia fue su abuelo Bonifacio en 1932. Descrito como una persona parca y muy reservada, el rey Julio desarrolla sus actividades agrícolas en su región y vive discretamente con su familia vistiendo su manto y su corona. A pesar de los exámenes de ADN realizados, no se ha conseguido determinar su origen exacto.

Solo se ha concluido que “su ascendencia puede ser de una región de la República Democrática del Congo o Uganda (Rodríguez, 2018). En 1992, don Julio fue expresamente reconocido como rey y coronado por su pueblo en una ceremonia local celebrada en ocasión de la fiesta de San Benito, patrono de la comunidad negra yungueña. Quince años después, en 2007, esta vez en La Paz y de manos del Prefecto de la ciudad andina, Sr. José Luis Paredes Muñoz, el rey don Julio I recibe nuevamente el bastón de mando, la capa y la corona, ratificándose formalmente su estatus. Por su parte, el secretario general de la Prefectura, Sr. Alejandro Zapata, emitió la resolución N.º 2033 en la que resuelve proclamar oficialmente a Julio Pinedo como rey afroboliviano (Casa real afroboliviana). Este documento de reconocimiento por parte del Estado es para la comunidad negra un símbolo de reivindicación social y cultural. Recientemente, Pinedo es el protagonista del documental *El rey negro*, coproducido por Bolivia y España, el cual ha quedado como finalista del premio Rizoma de cine 2018 realizado en Madrid.

Tambores y saya

La saya es una danza afroandina cuyo origen se remonta a la época de la colonia. Si no se hubiesen encontrado españoles, africanos e indígenas quechuas y aymaras en dicho contexto histórico, esta no existiría. La saya es un conjunto de coplas rimadas y sonidos de tambores africanos reproducidos en los andes que representa la cultura afroboliviana. En 2007, la prefectura de La Paz reconoció la danza y música saya como patrimonio cultural e intangible de la ciudad. La saya, en tiempos coloniales, era practicada por los esclavos durante sus momentos de descanso de las labores impuestas por los capataces, tanto en las minas como en el campo, en el intento

de aislarse de la vil realidad que les tocó vivir como pueblo. Para evitar el resquebrajamiento y ahuyentar la desesperación que todo ser humano siente ante la represión de su libertad, el poco tiempo que los africanos tenían para sí mismos lo dedicaban al baile. Según Vicente Gemio, *saya* es una palabra aymara, cuyo significado en español es “sí”. Fue adoptada como nombre propio para definir la danza negra, ya que, ante la solicitud de dar inicio al movimiento rítmico corpóreo, la respuesta de los involucrados era “saya” como una forma de expresar su aceptación⁶ (Unesco, 2009).

Actualmente, existe un grupo musical llamado Saya Afroboliviana, creado con el objetivo de perpetuar la cultura musical y danzante afroyungueña que, como asevera Eulogio Pérez, por razones quizás de miedo, vergüenza y/o baja autoestima popular, había empezado a ocupar un lugar en el baúl de los recuerdos. De las coplas originarias, ha quedado muy poco debido a la ausencia de una tradición oral o escrita, con lo cual lo cantado hoy no es un calco de lo desarrollado siglos atrás (Unesco, 2009). El tema de saya más significativo es el que evoca la abolición de la esclavitud. Respecto a los instrumentos utilizados para generar el ritmo, estos son tambores de diferentes dimensiones que producen cuatro sonidos distintos, cascabeles y la cuancha⁷, los tres tocados por hombres. La hechura de los instrumentos de percusión es producto de la fusión de diversos métodos de construcción de tambores africanos; es decir, deriva de los conocimientos aportados por negros de diferentes etnias que la vida reunió en lo que es la actual Bolivia. En cuanto al traje endosado para la danza, antiguamente las personas bailaban con los hábitos que llevaban puestos. Ahora, en cambio, visten de blanco con blusas bordadas de colores, calzan yanquis⁸ y llevan sombrero. La cinta roja no falta, porque representa la sangre derrama-

⁶ Según el texto *Lingüística aymara*, el significado del término *saya* es “ponerse de pie” (Cerrón Palomino, 2000, p.165).

⁷ Un instrumento musical propio de la saya, hecho de bambú con muescas talladas de lado a lado que se rascan rítmicamente con un palo pequeño y fino para crear el sonido.

⁸ Sandalias típicas andinas de color negro hechas de caucho.

da de sus entenados. Para terminar, el canto está basado en el contrapunto de los coros. Hombres y mujeres elevan su voz articulando coplas rimadas colmadas de sátira y metáforas que expresan toda clase de sentimientos, emociones, vivencias y demás. Entre los personajes que dan forma a la manifestación artística, se encuentran el caporal mayor que dirige la danza; los caporales menores que tocan la melodía y cantan, y las mujeres que bailan y cantan simbolizando las esclavas.

En los años 80, gracias a los esfuerzos de un grupo de docentes de una escuela yungueña y de su alumnado, la saya resurgió para quedarse. La iniciativa consistió en llevar a cabo presentaciones públicas del baile y su música. Sus sucesivas réplicas anuales hicieron que Coroico se transformara en un lugar de atracción turística y cultural para visitantes nacionales y extranjeros. Sobre este evento, Reymunda Rey afirma que, antes de 1983, año de la presentación de la saya en la plaza de Coroico, la mayoría de la población consideraba ya perdida la danza tradicional afro, comúnmente practicada por sus antecesores incluso cercanos. Esto revela el esfuerzo de los cultores del arte afroboliviano que estuvieron aún en vida en la década de los ochenta, aunque las nuevas generaciones prefieren ignorar tal legado ancestral (citada por Delgado, 2003: 17). Afortunadamente, no todos.

Conclusiones

La situación de la comunidad afroboliviana de los yungas es parte de la exclusión estructural por la que atraviesan los pueblos afrodescendientes de Latinoamérica. Pese a las dificultades en su esfuerzo por obtener el reconocimiento del Estado, su rendición no existe como opción. Las iniciativas organizadas que intentan reforzar y perpetuar su invaluable legado lingüístico, cultural, artístico y mejorar su calidad de vida, dependen solo y exclusivamente del esfuerzo individual o conjunto de la comunidad. En cuanto al aislamiento, este no depende de su deseo de vivir apartados teniendo solo a la comunidad aymara como vecinos. Su hábitat se

halla a tan solo 108 km. de distancia de La Paz. Sin embargo, la dificultad está en llegar a Coroico, punto de partida para adentrarse a Nor Yungas y Sud Yungas. Debido al poco interés hacia la zona perteneciente a la región de La Paz, viajar a Coroico implica superar el miedo de ir por la denominada “Carretera de la muerte”, cuyo nombre lo dice todo. Es una carretera sin asfaltar, muy estrecha y con precipicios profundos. Para que la circulación de los medios de transporte sea posible en ambos sentidos, hay que ingeniárselas arriesgando la vida. Excluyendo a sus habitantes, solo viajeros motivados por el comercio, y los verdaderamente curiosos de la riqueza cultural escondida en Los Yungas, se atreven a correr el riesgo de ir por esa aterradora ruta.

Por ser un reducido grupo étnico y tener un conocido pasado de esclavitud, los afrodescendientes son invisibles. En Bolivia, son visibles solo en las calles de ciudades como La Paz donde algunas personas, al verlos, gritan “suerte negrito/a”, un dicho popular discriminatorio contra el cual, en 2010, el Ministerio de Descolonización boliviano anunció la elaboración de un proyecto de Ley contra estos tipos de actos discriminatorios (Mendoza, 2010). Han pasado nueve años desde aquel anuncio hecho por el que fuera ministro, Sr. Félix Cárdenas, y dicha Ley no se concreta. De todas formas, aparte de haber obtenido escasos reconocimientos hechos formalmente por Estado en el nuevo milenio, la condición de vida de los afrodescendientes en materia económica y educativa no ha variado para mejor.

Desde el punto de vista identitario, la comunidad afroyungueña ha despertado de su prolongado letargo. Las nuevas generaciones han decidido coger en mano la batuta y dirigir el devenir de su comunidad difundiendo su particular legado lingüístico, artístico y cultural pleno de sincretismo, y digno de esmerados estudios, los cuales, ciertamente, conducirían a un mejor entendimiento de su historia, de nuestra historia, de la historia de todos.

Bibliografía

Angola Maconde, J. (2012). *El habla afroyungueña*. Cali: Fundafro.

Banco Mundial (2012). *Afrodescendientes en Latinoamérica. Hacia un marco de inclusión*. Washington DC: Banco Mundial

Calle, G. (2013). "Más de 500 palabras serán la base de la lengua afroboliviana". En *La Razón*. Recuperado de: http://www.la-razon.com/sociedad/palabras-base-lengua-afroboliviana_0_1902409852.html

Casa Real Afroboliviana (s.f.). *Fundamentos jurídicos*. Recuperado de <https://www.casa-realafroboliviana.org/fundamentos-juridicos.html>

Delgado, J. L. (2003). "La Raimundita se está casando. Testimonio de vida de una mujer afroboliviana". En *Mimeo*, pp. 1-24.

Cerrón Palomino, R. (2000). *Lingüística ayмара*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

Crespo, Alberto (1977). *Esclavos negros en Bolivia*. La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia. Recuperado de <http://intranet.comunidadandina.org/documentos/bda/BO-CA-0008.pdf>

Galeano, E. (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. México D. F.: Siglo XXI.

Gotkowitz, L. (2007). *A revolution for our rights. Indigenous struggles for land and justice in Bolivia, 1880 – 1952*. Duke University Press. Durham & London

Lipsky, M. J. (2006). *El dialecto afroyungueño de Bolivia: en busca de las raíces del habla afrohispanica*. Recuperado de <http://www.bibvirtual.ucb.edu.bo/etnias/digital/106000926.pdf>

Lipsky, M. J. (2008). *Afro-Bolivian Spanish*. Frankfort: Vervuet.

Lorca Martín de Villodres, M. I. (2017). *El concepto de Derecho de un siglo. Su perspectiva iusfilosófica*. Madrid: Editorial Dykinson, S. L.

Klein S., H. & Vinson, B. (2013). *Historia mínima de la esclavitud en América Latina y en el Caribe*. México D. F.: Colegio de México, A. C.

Oliva, Maria Elena (2001). *La negritud, el indianismo y sus intelectuales: Aimé Césaire y Fausto Reinaga*. Santiago de Chile: Editorial universitaria, S. A.

Mendoza, Luz (2010). *Fanatismo masista: a la cárcel los que digan "suerte negrito"*. Recuperado de: <http://eju.tv/2010/05/fanatismo-masista-a-la-crcel-los-que-digan-suerte-negrito/>

People of African Descent (2017). "Ley 200 'Pueblo y Cultura Afroboliviana'". Recuperado de: <https://afrodescendant.wordpress.com/2017/09/05/ley-200-pueblo-y-cultura-afroboliviana/#more-3218>

Prescott, G. H. (1851). *Historia de la Conquista del Perú*. Madrid: Gaspar y Roig editores.

Rodriguez, A. (2018). "El retorno del rey negro boliviano a sus raíces africanas". En *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2018/01/19/actualidad/1516326396_507680.html

Unesco (2009). *La voz de los sin voz. Afrobolivianos*. Recuperado de: www.lavozdelosinvoz.gov.ar <https://www.youtube.com/watch?v=EHHM04oMsxM>

Van Sermita, I. (2003). *They came before Columbus. The African presence in ancient America*. New York: Random House.